

SÓCRATES Y JANTIPPA

Como todos los griegos, Sócrates se casó para fundar un hogar, perpetuar su familia y asegurar su descendencia, procreando hijos. No sabemos a qué edad cumplió con este deber. Dícese que su primera mujer se llamó Jantippa. De ella tuvo un hijo llamado Lamprocles. Pero durante la guerra del Peloponeso y después de la peste terrible, que tantos estragos causó en Atenas, los atenienses, para repoblar su ciudad inhabitada y resarcirse cuanto antes de las pérdidas, decretaron que cada ciudadano pudiese tener dos mujeres y fuesen legítimos los hijos nacidos de las segundas bodas. Sócrates, siempre dispuesto a aplicarse al mayor bien del Estado y a dar buen ejemplo, según se cuenta, para atenerse a tan excepcional y necesario mandamiento, contrajo segundas nupcias con una viuda caída en la miseria, llamada Myrto. Dos hijos le nacieron de esta segunda unión: Sofronisco y Menexeno.

De las dos mujeres de Sócrates, una sobre todo, Jantippa, fue famosa por su mal carácter. Era tan desapacible su mal humor, tan duro y violento su genio, que ningún otro hombre hubiera podido aguantar con tan amena sonrisa tantas afrentas.

—Ea, Sócrates —le dijo un día Antístenes—, ¿quieres decirme por qué te casaste con Jantippa? Deseo saber cómo has podido amoldarte a esta mujer, la más intratable de cuantas ha habido, hay y habrá seguramente.

—Veo —respondió Sócrates— que los que quieren llegar a ser buenos jinetes escogen no los caballos más dóciles, sino los más espantadizos, pues saben que si los do-

man, fácilmente triunfarán de los otros. Yo me propuse aprender el arte de vivir con los hombres, y me casé con Jantippa convencido de que si la soportaba me amoldaría fácilmente a todos los caracteres.

Cuéntase que, dotado de un temperamento muy irascible y vehemente, que al hablar le impelía a animarse, a gesticular, a brotar llamaradas de sus ojos, y hasta a herirse y mesarse los cabellos. Sócrates, sin embargo, desde su juventud, sacó partido de todo para ejercitarse en la paciencia, pacificar su alma y comportarse siempre a la luz tan sólo de su inteligencia. Dícese que nunca hablaba menos y más tranquilamente que cuando montaba en cólera. Véase que estaba agitado, pero véase también que dominaba sus arranques. En cierta ocasión, irritado contra un esclavo y creyendo sin duda que pegar cuando se está encolerizado no es castigar, sino vengarse, se contentó con amenazar y decir:

—Te zurraría, si no estuviera airado.

A fuerza, pues, de velar sobre su conducta, de analizarse preguntando a los demás, de contenerse y disciplinarse, llegó al dominio de sí mismo, que le valió en sus relaciones con los hombres descubrir el don particular de sondearlos sonriendo, de alumbrarlos o de reducirlos al absurdo, lo cual, propiamente, se llamó ironía socrática. Sócrates, persuadido de que había de atribuirse a la ignorancia la mayor parte de los males de que se quejan los hombres, sus inconveniencias y desarreglos, llegó a no indignarse jamás. Lo soportaba todo, defectos, errores, y hasta locuras, con lucidez de espíritu, pareja de la indulgencia sincera que aplicaba a las debilidades humanas su gran amor a la humanidad. Su inteligencia, afianzada en el conocimiento profundo de todos los móviles que determinan la conducta buena o mala de los hombres, sólo sabía reírse de los defectos más o menos ridículos de los que carecían de la percepción de la justa medida. La ironía socrática, por mordaz que fuese, no revelaba hiel. Desconocía el sarcasmo, y las flechas ligeras que diestramente de intento disparaba, en vez de ir envenenadas, sólo tendían a este fin: a desenmascarar la ignorancia, a desinflar la temeridad, y a someter el alma, en la medida de lo posible, a la noción de sus límites, porque el que conoce sus límites conoce su perfección. Así Sócrates, en la forma de soportar a Jan-

tippa, aplicándose esforzadamente a ejercitarse en la paciencia, parece igualmente preocupado por enseñar a su mujer, con dulce ironía, el arte de ser más apacible, más moderada y más complaciente.

Cuéntase que en cierta ocasión Jantippa, no satisfecha con verter sobre Sócrates cuantas injurias le inspiró el despecho, le derramó sobre la cabeza, en el paroxismo de la cólera, un jarro de agua sucia.

Después de aquella explosión, el hijo de Sofronisco se contentó con decir:

—Era de esperar que la tempestad viniera acompañada de lluvia.

Todo daba motivo a la colérica mujer para desahogar un mal talante. Bastaba que Sócrates aceptase o rechazase cualquier regalo para que su mujer iniciase el ataque contra él.

En cierta ocasión, como Jantippa gruñese porque Sócrates quería devolver un presente de elevado precio que le enviara Alcibíades, el hijo de Sofronisco fingió excitar el espíritu interesado de su esposa diciéndole:

—Ea, Jantippa, créeme, devolvamos este regalo. ¿No temes, aceptándolo todo, cansar a los que regalan? Una prudente negativa no puede menos de excitar a mayor largueza. Rehúsa, pues, hoy el presente que nos envía. Cuando realmente necesitemos algo, tendremos así más probabilidad de obtener lo que tengamos que pedir.

En otra ocasión, Jantippa, celosa sin duda del afecto que Sócrates dispensaba a Alcibíades, echó por tierra y pisoteó, vociferando con rabia, un delicioso pastel que les envió el hijo de Clinias. Sócrates la miró riendo y se limitó a decir:

—¡Bravo!, Jantippa; pisoteas tu golosina, pues veo que ni siquiera guardas un pedazo para ti.

Más adelante, como Alcibíades echase en cara a Sócrates que se portaba con su mujer con demasiada mansedumbre, sufría sin indignarse todas sus descortesías y autorizaba con su calma sus enojos vocingleros:

—Me he acostumbrado a todos sus escándalos, como cualquiera se habitúa a oír sin molestia el ruido rechinante de una polea. Por otra parte, tú que denigras a mi mujer, ¿no soportas los gritos de tus gansos, y acaso te molestas cuando te ensordecen?

—Pero esos gansos —respondió Alcibíades— me producen, pues ponen huevos y de los huevos sacan ansarones.

—Y mi mujer —replicó Sócrates con viveza—, ¿no me da hijos?

En otra coyuntura, como Alcibíades se exasperase porque Jantippa cansase día y noche con su perenne mal humor al maestro por el bien amado:

—¿Por qué —le dijo— no echas de casa a esa mujer?

—Reteniéndola junto a mí —contestó Sócrates— me ejercito en soportar con más longanimidad y paciencia las insolencias e injurias de los demás. Un buen marido, en efecto, ha de corregir o soportar los defectos de su mujer. Si los corrige, se proporciona una agradable compañera; si los soporta, trabaja en su propia perfección.

No fue Alcibíades el único que reprochó a Sócrates la excesiva blandura conyugal. En efecto, Jantippa, en cierta ocasión, al topar con su marido, que vagaba en vena de discutir por el mercado, muy concurrido a la sazón, le colmó de injurias, lo calificó de charlatán, y, por fin, le rasgó y arrebató la capa. Como los amigos del sabio, testigos de la afrenta, censurasen su calma y le aconsejasen que pegase a la insolente mujer para traerla a razón y al respeto:

—¿Qué consejo, amigos míos —les dijo entonces Sócrates—, acabáis de darme? ¿Queréis que convierta a toda la ciudad de Atenas en testigo de nuestras disputas, y pú-

blicamente venga a las manos con mi mujer y nos jaleéis a la lucha como si asistieseis a una riña de gallos, diciéndonos: “Duro, Sócrates; duro, Jantippa”? Creedme, la paciencia nunca es ridícula. Dejadme, pues, sacar partido de las mujeres malignas, como los jinetes de los caballos resabiados. Cuando han domado los más difíciles, más cómodamente triunfan de los dóciles. Del mismo modo, si aprendo a vivir con Jantippa, menos trabajo me costará amoldarme al trato con los hombres.

Sin embargo, para disculpar a Jantippa, bueno será sacar a colación y reconocer que sería muy arduo para esta mujer percatarse del fin que su singular marido perseguía a través de tantas manías irritantes. En efecto, Sócrates era un gran sabio, pero fue también hombre que, al parecer, se complacía en moldear la conducta exterior en la extravagancia. Muchos días no volvía a casa, y cuando atardecido iba a su casa, después de pasar todo el día charlando de tienda en tienda infatigablemente, nunca entraba directamente en su domicilio. Antes de franquear el dintel de su morada se paseaba ante la puerta hasta muy entrada la noche. En cierta ocasión un amigo le encontró y le dijo:

—¿Qué haces, Sócrates, a hora tan avanzada?

—Pues una salsa —replicó, zumbón— que estimule mi apetito y aligere así mi cena.

No bien volvía sudoroso del gimnasio y devorado por ardiente sed, sacaba un cubo de agua. Pero para ejercitarse en la paciencia y acostumbrar su apetito sensual a esperar el tiempo de la razón, se abstenía de beber, derramaba con lentitud el precioso líquido que tanto le atraía, pues no bebía sino del segundo que sacaba.

Era, además, la sobriedad de Sócrates tan grande, que, necesitando para vivir muy poco, llegó a no desear cosa alguna y a calificar de esclavos a cuantos viven sin duda para comer.

Sobrio por temperamento, quiso también que fuese servida con frugalidad su mesa.

Cuéntase que un día el hijo de Sofronisco invitó a comer a algunas personas distinguidas, y como Jantippa se avergonzase y refunfuñase por el modesto obsequio que su marido iba a ofrecer:

—No sufras —le respondió Sócrates—. Si nuestros convidados son sobrios y discretos, se contentarán con lo que les demos. Si, por el contrario, son gastrónomos y glotones, su voracidad avivará nuestra inspiración.

Sócrates, en otra ocasión, llevó a cenar consigo al joven y hermoso Euthydemo. Pero como no había avisado a Jantippa, dióse ésta a alborotar y a quejarse del desahogo de su singular marido, y refunfuñando preparó la comida. Luego, cada vez más irritada por el silencio tranquilo de su marido, cogió la mesa y la volcó. Euthydemo, burlado, se levantó y quiso marcharse, pero Sócrates, trocando en risa la inesperada y torpe hazaña, le retuvo, diciéndole:

—¿Te acuerdas que ha poco, cenando en tu casa, saltó a la mesa por casualidad una gallina y echó por tierra el cubierto, que acababas de ponerme? ¿Me turbé acaso ni hablé entonces de marcharme?

Sin embargo, en cierta ocasión Sócrates manifestó, al parecer, algo de melancolía respecto de su hogar. En efecto, un amigo le preguntó si era mejor casarse o no, y Sócrates le respondió sencillamente:

—Hagas lo que hagas, te arrepentirás.

A pesar del carácter execrable de su compañera, Sócrates, sin embargo, fue fiel a su casa, lo soportó todo y no se descorazonó jamás. Reconocía él, en efecto, aun creyendo, como los antiguos griegos, que la dignidad de la mujer, más que de su persona, provenía del hogar a que pertenecía, que la mujer, desarrollando su inteligencia y cumpliendo con celo los deberes de su cargo, contribuía a su mejoramiento estético y moral, y adquiriría así, con el buen uso de la razón igual a la del hombre, un mérito personal ade-

cuado para realzar, a la vez que el esplendor de su alma, el buen renombre de la familia que había de continuar. Jantippa, por su parte, aunque sacó, a nuestro parecer, escaso provecho de la sabiduría serena de su ilustre esposo, le fue completamente fiel. Le acompañó en sus últimos momentos, y si este sabio hubo de sufrir el mal carácter de su esposa, ésta, como madre, escuchó muchas veces elogios de un padre tan afectuoso y tierno como fue Sócrates, de un padre que con sencillez se mezclaba en los juegos de sus hijos cuando eran pequeñuelos.